

Carta de principios

Historia y Cambio

"Sé muy bien que más de una vez os atormento cuando parece que impongo nuevo peso a hombres ya en demasía sobrecargados; tomad... las obras ya comenzadas, no como si tuviésemos la obligación de seguir conservándolas todas; antes bien, analizad con otros ojos, como si ahora por primera vez se tratase de establecer la provincia de sus cimientos, lo que tenéis y lo que todavía no tenéis. Abandonad con fortaleza lo que es de menos importancia, comprended lo que de veras la tiene mayor..."

PADRE JANSSENS

Vieja y Nueva Universidad del Salvador.

Su continuidad en el espíritu Jesuita.

Tres rasgos salientes:

A. LUCHA CONTRA EL ATEISMO

El ateísmo moderno es un tema cargado de significaciones; una de ellas tiene especial interés para la construcción de una Universidad distinta: se trata de las consecuencias que acarrea la ausencia de un sentido trascendente (religioso) de la vida, en la comprensión de los fenómenos históricos y sociales.

El mundo moderno es una suerte de despliegue triunfante de las más diversas experiencias históricas. Tanto el capitalismo como el marxismo, han realizado plenamente su sentido en grandes estados y colosales imperios.

La realización práctica de las ideologías básicas de la época, torna necesaria, como contrapartida, la determinación de sus límites como paso previo a su superación.

Mientras las grandes ideologías eran solo propuestas más o menos abstractas y no realizadas, se creyó ingenuamente que sería su propia dinámica inmanente la que fijaría sus límites. Transformadas en realidad, convertidas en camino recorrido durante décadas, la situación es otra. Lo inmanente no ha cumplido con sus promesas. Se necesita ahora una visión distinta, aunque no siempre opuesta, que las trasciende. En breve: es preciso un criterio trascendente, una actitud religiosa para juzgar eficazmente a la historia.

Sólo lo trascendente permite recuperar la noción del salto definitivo hacia la liberación, y a través de esta noción profundamente religiosa, volver a lo cualitativo y a lo distinto. Sin lo trascendente no es el hombre el que empuja la historia, sino las fuerzas inertes del progreso técnico. Si se ausenta, es imposible comprender el fin de una época y la posibilidad de una civilización distinta se esfuma en una infinitud "progresista" del signo tecnocrático.

La crisis del ateísmo moderno reside en su incapacidad para juzgar globalmente las grandes aventuras del hombre contemporáneo. Su inmanentismo le impide totalizarlas e ir más allá de lo meramente cuantitativo. No supera los límites del mundo moderno porque no los encuentra, limitándose a colocar el futuro en la extensión indefinida de experiencias históricas que considera esencialmente inmodificables.

Ante el encierro ateo, resurge con toda su fuerza la necesidad de un sentido trascendente de la vida, aproximándose el más grande renacimiento religioso que ha conocido el hombre.

No existe en nuestros días un pensamiento verdaderamente crítico que no cuente con una dimensión trascendente; es el único capaz de innovar críticamente experiencias históricas que llevadas por su inmanencia han terminado en lo puramente cuantitativo.

La lucha contra el ateísmo, en síntesis, no se diferencia de la crítica trascendente al mundo contemporáneo.

En esa tarea, el mayor aporte obtenido por el pensamiento trascendente proviene de su antagonista ateo.

Así como el futuro se elabora a partir de lo actual, también la actitud trascendente que guía su construcción incorpora, mediante el discernimiento, los elementos del ateísmo que comportan una crítica válida a las manifestaciones enajenantes y a las utilidades tramposas de lo religioso.

El renacimiento religioso que aguarda el mundo volverá a lo esencial de sí mismo, atravesando el ineludible tamiz crítico del ateísmo moderno; así alcanzará su mayor triunfo ante el más temible de sus adversarios, al incorporar a su seno lo mejor y lo más válido que éste posee.

En esta perspectiva actuará la Nueva Universidad del Salvador: será una Universidad fundada en la Fe, es decir, crítica e innovadora.

El nuestro es un pueblo fiel; un pueblo creyente. Esa es su fuerza. Esa Fe popular ha sido -y es- despreciada por la soberbia ilustrada que, en su ceguera, la ha calificado sucesivamente de credulidad y alienación.

Pero la Fe de nuestro pueblo es más profunda que sus críticos. Y así muestra que su cristianismo no es un formalismo teórico, superficial y feble, sino una práctica concreta y cotidiana, de amor y solidaridad. Para él, Jesucristo no es sólo un Dios, sino Aquel que dejó el amor entre los hombres.

Y éste, como lo saben en el fondo de su alma los más fríos escépticos,

es la única fuente de los cambios profundos, el único sustento de una revolución por la justicia y la paz.

B. AVANCE MEDIANTE EL RETORNO A LAS FUENTES

El futuro se alcanza profundizando el camino recorrido. Es un proceso de vuelta a las orígenes, o mejor dicho, de afirmación de las diferencias.

No es un intento de crítica externa de la experiencia realizada, sino la asunción como propia de una travesía de la que es parte.

En cambio, por eso, no consiste en la imitación servil de modelos ajenos, o en el abandono de lo propio, sino en la continuidad crítica de los movimientos populares del signo nacional, protagonistas esenciales de la Argentina moderna.

Más aún: el resurgimiento cultural de la América Latina exige retomar a las líneas maestras de su tradición hispánico-indígena, como fundamento del cambio revolucionario hacia un futuro en el que se reconozca.

Exactamente el mismo criterio debe aplicarse a la construcción de la Nueva Universidad del Salvador. Por eso, el espíritu que debe presidirla es el mismo con que la Compañía de Jesús ha reconsiderado su misión apostólica global.

C. UNIVERSALISMO A TRAVÉS DE LAS DIFERENCIAS

Desde los comienzos de su historia, la Compañía de Jesús comprende y respeta las diferencias históricas, culturales y psicológicas que confieren su sello intrasferible a los pueblos de la tierra.

Empujada por el espíritu evangélico de su fundador, afirma desde sus inicios el contenido universalista de su acción. Una es la verdad de Cristo, pero múltiples e intrasferibles sus manifestaciones históricas y humanas. Sólo en el juego diverso de lo creado se muestra la verdad encarnada.

No es extraño que la Compañía enfrente a la entonces reciente pretensión liberal-burguesa de homogeneizar la realidad histórica y humana del mundo, mediante la acción conjunta del centralismo estatal y el racionalismo iluminista, en detrimento de la riqueza multifacética de lo creado.

Entre las experiencias misioneras más importantes de la Iglesia, se encuentran las que han sido obra de la Compañía de Jesús. En China como en el Río de la Plata, la Compañía se niega a ser la justificación religiosa de la expansión europea, al brindar a los pueblos misionados los elementos organizativos y sociales que les permitieron el libre desarrollo de su individualidad cultural, integrándolos en lo universal o a través de una Fe sentida como propia.

La Compañía es fundacionalmente universalista; y por ello contraria a

los internacionalismos homoneizantes que, por "la razón" o por la fuerza, niegan a los pueblos el derecho a ser ellos mismos.

Cuando en este momento de su trayectoria varias veces centenaria, enfatiza el apostolado social, dirigiéndose al encuentro con los agentes de cambio -los pueblos- no hace más que retomar a su sentido originario, criticando con inusitada valentía sus desviaciones históricas.

Superado el largo repliegue histórico iniciado a mediados del S. XVIII, durante el cual debió aceptar, por lo menos tácita y parcialmente, las reglas de juego de su adversaria, la sociedad del lucro y el individualismo, la Compañía vuelca a desplegar a pleno sus banderas iniciales de comunidad, fe y disciplina, al servicio de los pueblos.

Concibiendo el apostolado social como la inmersión religiosa en la vida de los Pueblos, la Compañía firma prácticamente, que sólo a partir de esa concreción es factible la construcción de una sociedad más humana, es posible "hacer la Justicia".

Y es allí, en los pueblos -personas estructuradas por autonomasia- que la Iglesia reconoce y reafirma -y dentro de la Compañía- su sentido de disciplina y su concepto de organización.

Coherentemente, la Congregación General XXXI, orienta el Apostolado de la Educación hacia las "...soluciones de tipo regional dada la gran variedad de circunstancias de unos países con respecto a otros y por el hecho que nuestra enseñanza constituye sólo una parte muy pequeña del conjunto educacional de cada Nación".

JORGE MARIO BERGOGLIO S.J.
Provincial

Buenos Aires, 27 de agosto de 1974.

Homilía pronunciada por S. E .R. Monseñor Jorge M. Bergoglio, S. J., en la Catedral Metropolitana de Buenos Aires.

12 de octubre de 1992.

1. El 12 de octubre Colón *planta*, junto a sus ilusiones, *una Cruz*. Y, desde entonces, junto a las ambiciones, al deseo de superación, a los más nobles ideales y a las ciegas pasiones, fue creciendo silenciosamente el árbol de la cruz, sufriendo pero esperanzado, siempre invitando a una nueva vida. *Fue creciendo el árbol de la cruz* dando frutos de "bienaventuranza", conformado y consolidando el pueblo americano.

2. Así, este pueblo americano, este pueblo fiel de Dios, en lo más hondo de su corazón, vivió la audacia y el idealismo más noble de sus conquistadores, su sentido del propio honor y la propia dignidad. Y, por otra parte, goza también de los dones más puros de sus indígenas: el apego a la tierra y la necesidad de convivir armoniosamente con ella, el silencio sapiencial que todo lo soporta sólamamente quebrado por la desbordante necesidad de festejar, de gozar, de postrarse ante las propias creencias.

3. En este corazón americano bulle también el odio y la violencia. Y nosotros, al pensar en él, no siempre tuvimos la serenidad suficiente como para saber que pudimos ser exterminados y fuimos mestizos de razas enfrentadas, pudimos ser esclavos de una colonia mercantil pero fuimos ciudadanos de un Reino.

4. Este corazón americano sabe de las injusticias y del atropello, pero -a la vez- siente la Providencia de un Padre y, más aún de una Madre, que permitieron que no desaparezcamos en el proyecto excluyente de intereses económicos; sino que hemos podido ser un pueblo nuevo, hijos de culturas desangradas que dieron lo mejor de sí en este nuevo nacimiento.

5. Como el trigo y la cizaña, *la Cruz plantada* en San Salvador vino con las pasiones de los hombres, las más altas y las más encontradas: junto al pecado, la gracia; para que que sobreabundara la vida allí donde más se sintieran las contradicciones. Esta *tensión permanente* marca la vida del americano: el deseo desbordante de poder ser, de poder realizarse necesita de la Cruz paciente, amorosa, que no permite la esterilidad de la violencia que nos autodestruye.